

Europa y América Latina: ¿hacia un rol internacional complementario?

Leyendo a los intelectuales europeos contemporáneos queda la impresión de que Europa ha entrado en una fase nostálgica de su vida, en que más se mira hacia el pasado que hacia el futuro, pues lo primero produce la sensación de grandeza y seguridad, en tanto que lo segundo introduce poderosos factores de incertidumbre y la dimensión de un rol disminuido en la escala global de la política internacional de nuestra época. “¿Existe una Europa?, ¿hubo un pasado? y ¿habrá un futuro?”, es el lamento de Stanley Hoffman¹ que ha llegado a hacerse célebre, precisamente por su representatividad de la angustia europea frente al futuro.

1. EL REDIMENSIONAMIENTO DEL ROL EUROPEO Y SUS LIMITACIONES

Mirada Europa desde América Latina se puede apreciar que, si bien el rol de ese continente ha sufrido una disminución efectiva en términos de la distribución del poder internacional, ello no se debe tanto al hecho de que Europa pudiese haber entrado en un período de decadencia, cuyos síntomas no se observan en ningún plano relevante, sino más bien a que la dimensión de los problemas ha cambiado de tal manera en las últimas décadas que frente a los mismos un rol exclusivamente europeo ya no es concebible o eficaz. Europa tiene y seguirá teniendo un rol internacional de importancia, pero la magnitud del mismo dependerá de la capacidad de asociación que se pueda desarrollar, ya sea en el plano intraeuropeo o, más determinante aún, extendiéndose hacia otras esferas.

Este dimensionamiento del rol europeo es quizás el reto más significativo que enfrentan las naciones europeas. Sin embargo, a pesar de que no se trata de un problema nuevo, es donde Europa no ha sido enteramente exitosa en las últimas décadas. Primero, la partición política

*Director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

¹Stanley Hoffmann: “Fragments floating in the Here and Now”. In *Daedalus: Looking for Europe*. Winter 1979, pp. 1-26.

Este estudio fue presentado por el autor a la reunión del Atlantic Conference, realizada en Algarve, Portugal, entre el 13 y el 16 de noviembre de 1980, bajo el auspicio del Chicago Council on Foreign Relations.

de Europa que se efectuó como consecuencia de la guerra, privó al continente europeo de una parte sustancial de su potencial poderío internacional, pues algunas importantes naciones europeas dejaron de actuar en un "contexto europeo" para alinearse con un bloque de características diferentes.

Aun cuando pudiera parecer una herejía en ciertos ámbitos, no es difícil imaginarse lo que sería hoy Europa si contara con una sola Alemania, o si se incluyera entre los miembros de ese contexto europeo a las naciones de Europa Oriental, independientemente de sus signos ideológicos pero con la capacidad para actuar concertadamente. Quizás estas perspectivas no debieran descartarse enteramente hacia el futuro, pues de vez en cuando se observan manifestaciones recíprocas del deseo de avanzar en el sentido señalado, pero para los efectos de este análisis ello aparece todavía como una incógnita del futuro que no es posible despejar.

Producida la división de Europa, las naciones que permanecieron en el ámbito occidental ejercieron correctamente su opción alternativa, cual fue la de buscar su unidad sobre la base de la "idea europea". Desde el movimiento europeo hasta la estructuración de las instituciones comunes, la capacidad de asociarse que demostraron los países europeos admiró al mundo y creó una base efectiva para adecuarse a esa nueva dimensión internacional que surgió con la postguerra.

Sin embargo, tampoco la experiencia en este otro plano ha sido del todo exitosa. En primer lugar se observa que la fuerza y el contenido político de la idea europea, que fue su principal factor motivador, se ha ido gradualmente perdiendo² en aras de esquemas más bien economicistas administrados por una burocracia nada pequeña, que, aun cuando sea eficiente en el desempeño de sus funciones, positivamente a nadie puede entusiasmar como paradigma de una política europea. El arte de la política, con toda su sutileza y con el estilo admirable que algunas naciones europeas han sabido practicarlo, no ha logrado traspasarse del ámbito nacional al ámbito comunitario.

En este sentido, Europa continúa siendo un continente en que predominan las ideas e intereses nacionales por sobre los proyectos comunes de vasto alcance que se requieren para otorgarle una fisonomía política que, junto con ser atractiva, sea eficaz para el mejor desempeño de un rol en el mundo. La idea europea tuvo en su momento estas características y ella no ha sido sustituida eficazmente por las actitudes basadas en un cierto cultivo del nacionalismo que la sucedieron, al menos si se

²Raymond Aron: "The Crisis of the European Idea". *Government and Opposition*. Winter 1976, pp. 5-19.

procura mirar a Europa como un conjunto en el plano internacional. Desde esta perspectiva, es visible que Europa como unidad regional carece de la dirección política adecuada para perfeccionar, estimular o desarrollar ese rol internacional que viene comentándose. Tampoco pareciera que esfuerzos bilaterales, como los reflejados en la reciente cumbre franco-alemana, sean suficientes para asegurar a Europa un rol más decisivo en el acontecer internacional.

Por otra parte, la propia estructura de Europa se encuentra limitada en sus alcances, mientras la Comunidad Económica Europea no se amplíe para incluir a otros países interesados en participar, o en general no adopte una política destinada a agregar factores que contribuyan a ese mayor dimensionamiento internacional del continente. Quizás sean muy explicables las dificultades económicas que dicha apertura signifique, pero el problema, como se ha sugerido anteriormente, no es económico sino político. En este plano nuevamente se observa la carencia de liderazgo político y, también en alguna medida, la ausencia de una visión pluralista, en lo político y económico, que permitiera la mayor integración de todas las naciones europeas en el contexto de una idea europea central. Más bien pareciera que se ha ido optando por la exclusión que por la agregación.

Encontrándose Europa parcialmente dividida por la partición ya señalada, y precariamente unida a través de instituciones comunes que han perdido su motivación política, no es difícil explicarse las dificultades que caracterizan el tercer marco de asociación, cual es el de la alianza atlántica con los Estados Unidos. Quizás concebida con un espíritu de hermandad e igualdad, el hecho es que la alianza atlántica se ha transformado en un esquema de predominio de los Estados Unidos, en parte debido a los propios errores de conducción de la política exterior norteamericana, pero sobre todo debido a la carencia de una conducción europea que hubiese permitido mantener una relación balanceada y de equilibrio a ambos lados del atlántico.

Aun cuando sea paradójico, pareciera ser esta alianza de seguridad la que se ha constituido en un factor de inseguridad para la visión que tienen los europeos de hoy acerca de su futuro. La pregunta que se hacen muchos países del mundo acerca de la confiabilidad de sus pactos militares con los Estados Unidos es también válida en Europa, particularmente debido a la fuerte dependencia que ese continente tiene del paraguas nuclear norteamericano y del potencial combinado de la OTAN. Los sucesivos cambios de diversas estrategias y los altibajos en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en nada contribuyen a aumentar la confianza de los europeos.

En esta misma medida, es visible el deseo de algunas naciones

europas de poder lograr un mayor grado de autonomía en sus políticas y estrategias de defensa. De ahí surge una importante tendencia que busca la reafirmación de un rol europeo, expresión típica de la cual ha sido Francia desde De Gaulle hasta hoy día, lo que se manifiesta tanto en decisiones de orden político como en concepciones estratégicas propias, incluyendo el desarrollo de una fuerza nuclear europea. Si bien Francia ha sido el país más explícito en este sentido, similar sentimiento puede apreciarse en otras capitales europeas.

Por la misma razón, los países europeos se han puesto cada día más cautelosos para seguir las reacciones sugeridas por los Estados Unidos frente a los acontecimientos internacionales del momento, ya sea en materia de sanciones a Irán, de la cuestión de Afganistán, los juegos olímpicos de Moscú o el futuro de la distensión entre el Este y el Oeste. La reciente tendencia del gobierno estadounidense de evitar las consultas sistemáticas y previas con sus aliados, para simplemente notificar sus puntos de vista, tampoco pareciera contribuir a aumentar esa necesaria confianza en el seno de la alianza occidental.

Ocasionalmente surgen iniciativas destinadas a replantear la cooperación atlántica sobre nuevas y más dinámicas bases, pero ellas no suelen pasar de los deseos o giras de algún Secretario de Estado. Tampoco las conferencias cumbres parecieran haber cambiado dramáticamente el cuadro, excepto quizás en función de determinados problemas específicos, como la situación energética del momento. No se trata de sostener que la alianza atlántica está en crisis, pues no es el caso, pero desde el punto de vista del mayor dimensionamiento europeo que se examina pudiera anticiparse que la tendencia más bien lleva a pensar en la necesidad de un rol europeo propio y autónomo que en las posibilidades de un mayor acercamiento con los Estados Unidos para los efectos de una renovada posición de Europa en el sistema internacional.

2. LAS RELACIONES CON EL TERCER MUNDO Y EL PESO DEL PASADO

Las relaciones de Europa con el Tercer Mundo, lato sensu, conforman un marco de asociación todavía más complejo. Como lo han señalado Albert Bressand y Thierry de Montbrial, la relevancia que Europa y el Tercer Mundo tienen el uno para el otro ha progresado hacia una mayor simetría, haciendo más factible un esquema de interdependencia real³. Sin embargo, quizás como producto de las visiones de inseguri-

³ Albert Bressand and Thierry de Montbrial: "The Ups and Downs of Mutual Relevance". *Daedalus: of Faiths and New Doubts: The European Predicament*. Spring 1979, pp. 109-132.

dad arriba referidas, que en algunos casos han llegado a tomar formas apocalípticas, pareciera que la percepción política que se tiene del proceso en muchas capitales europeas es más bien de adversidad, casi como si se concibiera a los países del Tercer Mundo como enemigos potenciales o actuales de Europa.

Son muchos los factores que pueden explicar esa actitud en cierto modo negativa o pesimista. El pasado colonial, en primer lugar, ha dejado un sabor amargo en muchos lugares del mundo, como consecuencia de lo cual lo europeo no es bienvenido más allá de lo estrictamente necesario, principalmente en los continentes africano y asiático. A la vez, ese pasado ha condicionado en algunos aspectos la propia actitud europea hacia el tercer mundo, la cual no ha logrado abandonar enteramente los estilos imperiales o paternalistas, que no ayudan precisamente a una relación más fluida.

En este sentido, el esquema de relaciones con el Tercer Mundo se ha basado fundamentalmente en un enfoque económico, enfatizando las exportaciones, importaciones e inversiones extranjeras, así como la ayuda para el desarrollo u. otros instrumentos de similar naturaleza. Desde los mecanismos bilaterales hasta la Convención de Lomé y los vínculos comerciales que se han estructurado con el Grupo ACP, podría decirse que el rol económico de Europa ha sido exitoso frente a los países en desarrollo, generando un intercambio que ha sido la base de una creciente interacción e interdependencia.

Sin embargo, como lo señalan también los autores recién citados, el problema no es meramente económico, sino que tiene una dimensión cultural y política, que hasta ahora ha estado en gran medida ausente. La cultura europea ha ido dejando de ser una fuente de atracción para muchos países del tercer mundo, que la han llegado a asociar en algunos casos con el pasado de opresión colonial y no con una expresión de universalidad. La falta de identificación política con Europa es todavía más aguda, con la sola excepción de algunos países con los cuales se ha cultivado intensivamente una relación especial.

Este vacío de la dimensión europea es lo que probablemente más afecta a su rol internacional, ciertamente en términos superiores a lo que ocurre con los casos de los Estados Unidos o de la Unión Soviética, que han logrado introducir la atracción de lo material o de lo ideológico, respectivamente. Como una consecuencia de ello, es que los grandes proyectos europeos de asociación suelen no ser atractivos para los potenciales candidatos, por carecer precisamente de una motivación de alta cultura o de alta política. El viejo sueño europeo de asociar al Africa ha sido una quimera política. La idea de un triángulo europeo-africano-árabe, como base de una nueva dimensión internacional, es también

una utopía que algunos dirigentes europeos han cultivado recientemente.

Los países en desarrollo perciben muy bien esa recelosa actitud europea y podría quizás decirse que la resienten como expresión de desconfianza. En el diálogo Norte-Sur, por ejemplo, o en otras negociaciones internacionales que han tratado de problemas similares, la posición europea ha sido normalmente la más conservadora dentro del mundo industrializado, lo que la pone en la situación de mayor conflicto con las tesis de los países en desarrollo. Es cierto que los problemas derivados de los precios del petróleo y del uso político de esta arma por algunas naciones exportadoras, no contribuye a crear la base para una confianza mutua y, por el contrario, es una de las causas más directamente vinculadas con el pesimismo de la visión europea del futuro. Pero también es cierto que la propia actitud europea que se comenta, sobre todo por su falta de atractivo político, ha invitado a una reacción política del tercer mundo en variadas manifestaciones.

3. EL BLOQUEO DEL ROL EUROPEO

Si se examinan los diferentes marcos de acción que se han señalado con una perspectiva de conjunto, parece insinuarse la conclusión de que Europa se encuentra, en una medida quizás significativa, bloqueada en sus posibilidades de asociación internacional y, por consiguiente, en esa misma medida imposibilitada de alcanzar un rol internacional dimensionado a la escala de los problemas contemporáneos. Las limitaciones que derivan de la división de Europa como continente, las dificultades para alcanzar la unidad del segmento occidental, los altibajos de su relación atlántica y los efectos adversos que se reciben como consecuencia de la tirantez entre las superpotencias, unido todo ello a una relación pesimista con el tercer mundo y a las actitudes de rechazo que lo europeo ha obtenido en varios continentes, son indicativas de un embotellamiento para la acción política de Europa en el mundo.

Si esta conclusión es correcta, surge de inmediato la pregunta de cómo se puede superar esa situación. Pareciera que los marcos de asociación tradicional no pueden ofrecer una respuesta satisfactoria, al menos dentro de un futuro previsible, aun cuando es también necesario advertir que nada hay más riesgoso que los pronósticos en política internacional, pues a veces los hechos suelen darse de manera muy diferente a lo anticipado.

En todo caso, y con esas limitaciones a la vista, es permisible pensar en que una reunificación de Europa no se ve surgir como una perspectiva inmediata, aun cuando movimientos de uno y otro lado son identifica-

bles. Probablemente ello requeriría de transformaciones profundas en la Unión Soviética, cuyos inicios también pueden percibirse, pero que no sirven todavía de base para fundamentar una hipótesis. En este sentido, el entramamiento actual de Europa no encontraría un despeje en la relación con el Este.

En el marco de la alianza atlántica, es posible pensar en un esquema renovado que signifique un replanteamiento del rol europeo, pero ello sería siempre con las limitaciones y condiciones derivadas de un rol protagónico de los Estados Unidos, que es precisamente lo que no lo hace atractivo para los países europeos. En este plano existe siempre la opción de alcanzar ese mayor dimensionamiento, pero en una asociación dependiente de políticas e intereses que no siempre serían coincidentes con los del continente europeo.

El tercer marco en que cabe pensar es en el de la propia reestructuración de las bases de la cooperación entre los países de Europa Occidental, con particular referencia al replanteamiento de la idea europea, la renovación del liderazgo político al nivel europeo, la ampliación de las instituciones y el diseño de un proyecto europeo pleno de creatividad y fuerza política. No cabe ninguna duda de que Europa tiene la capacidad intelectual de lograrlo, pero pareciera que las limitaciones derivadas de las políticas internas y de otros factores vinculados a la preeminencia de los intereses nacionales, no lo hacen tampoco previsible como una perspectiva inmediata. Además, ello supone un cambio bastante radical en las actitudes políticas de los europeos, que es todavía menos probable.

La alternativa genérica del tercer mundo, por lo que se ha explicado no pareciera ofrecer mayores posibilidades tampoco para el despeje del bloqueo de Europa. Es cierto que en lo económico existe un enorme potencial, que de hecho se ha estado desarrollando con un ritmo activo, pero el problema es de orden político, y en este plano el enfrentamiento y el antagonismo son profundos por ahora, sin que se aprecie una tendencia diferente para los próximos años. Sin embargo, dentro de esta relación genérica con el tercer mundo, existe una situación más específica, que es la de América Latina, que puede hacer la diferencia fundamental para responder la pregunta planteada y cuyos elementos básicos se explorarán a continuación.

4: AMÉRICA LATINA: ENTRE OCCIDENTE Y EL TERCER MUNDO

América Latina se ha desarrollado políticamente como una curiosa mezcla de Europa y de tercer mundo, combinando factores de lo autóctono con un poderoso ingrediente de origen europeo, aun cuando con preeminencia de lo ibérico y de un espíritu mediterráneo. Como bien lo

explica Claudio Véliz en su reciente obra sobre la tradición centralista de América Latina⁴, esta región pareciera una Europa incompleta, pues no ha pasado por las etapas del feudalismo, la Reforma, la Revolución Industrial ni otras expresiones históricas que le han otorgado a Europa un sello inconfundible de su carácter. De ahí emanan también las diferencias entre ambos continentes, que, siendo más profundas de lo que se cree con frecuencia, tienen no obstante el atractivo indiscutible de una cierta comunidad de origen.

Aun cuando para un europeo pueda ser inverosímil, todos los golpes de Estado de la última década se han dado en nombre y en defensa de los valores de la civilización cristiana occidental, según las proclamaciones de sus autores. Extraña manera, sin duda, de defender esos valores, pero en el razonamiento de algunos altos dirigentes militares, América Latina tendría la misión de reemplazar a Europa como bastión de la civilización referida, por estar esta última decayendo y la primera floreciendo bajo la dirección de gobiernos autoritarios. Con todo lo absurdo que tiene este modo de razonar, que en algunas de sus expresiones llega hasta el paroxismo político, lo que él revela inequívocamente es que siempre se está en América Latina buscando una comparación con lo europeo.

En verdad no es éste un fenómeno nuevo ni tampoco un privilegio del pensamiento militar. Prácticamente la totalidad de las corrientes políticas de América Latina, ya sea de izquierda, centro o derecha, encuentran su identidad con las corrientes similares de Europa, con muy contadas excepciones. Existe un cierto sentido de la solidaridad política entre Europa y América Latina, en función de identidades ideológicas, que es muy superior a la que se da entre Europa y otras regiones del mundo. Desde este punto de vista, se observa una reciprocidad de las percepciones respectivas.

Tampoco es éste un fenómeno exclusivamente político, pues puede apreciarse su recurrencia en el plano religioso como también en algunas expresiones culturales y sociales. No cabe duda de que existe en estos otros campos una cierta interacción de valores, que en esa medida logran identificar a América Latina con Occidente, aun cuando sea únicamente en un plano genérico. Las aplicaciones específicas de esta identificación son pocas, pues no hay mecanismos que vinculen formalmente a América Latina con Occidente, pero se aprecia que el espíritu occidental ha logrado incorporarse a muchas expresiones de la vida latinoamericana.

Paralelamente, América Latina se identifica también con las aspira-

⁴Claudio Véliz: *The Centralist Tradition of Latin America*. Princeton University Press. 1980.

ciones básicas del Tercer Mundo y comparte con los países en desarrollo un conjunto de problemas económico-sociales que, aun cuando tienen una diferente magnitud, corresponden a similares causas. La solidaridad con el Tercer Mundo, a diferencia de las identidades existentes con Occidente, se encuentra mejor estructurada a través de mecanismos específicos, muchos de los cuales son de inspiración latinoamericana. Entre ellos hay algunos poco gratos para Occidente, como el Grupo de los 77 u OPEP.

No obstante lo anterior, el desarrollo económico latinoamericano ha alcanzado niveles y perspectivas que en general son superiores a los de otros continentes integrantes del Tercer Mundo, ubicándose entre las economías cercanas a un grado de industrialización aceptable y que en muchos casos ya han llegado a ser competitivas en algunos rubros con las potencias económicas más tradicionales. La expansión creciente de sus mercados, la disponibilidad de materias primas, energía y recursos naturales en general, así como la formación de sectores laborales calificados, son otros factores que han comenzado a otorgarle a la región una fisonomía especialmente atractiva.

El resultado de esta dualidad de caracteres, en parte occidental y en parte tercermundista, es que América Latina ha llegado a constituir una especie de clase media internacional⁹, que, no siendo parte integrante del mundo industrializado de Occidente, comparte sin embargo con él mismo algunos valores básicos de lo político, religioso, cultural y de sus estilos de vida y desarrollo, a la vez que aspira a emularlo como un objetivo de sus políticas. Por otra parte, formando parte del Tercer Mundo y de sus esquemas básicos de acción, América Latina es también claramente diferenciable por sus características económicas y sociales propias. De esta manera, como suele ocurrir con las clases medias de naciones bien organizadas, ellas tienen, por un lado, el contacto y el interés en el acercamiento con los sectores altos, pero, por otro lado, también lo tienen con los sectores laborales, siendo en sí mismas diferentes de uno y otro. Esta situación también permite una mayor amplitud de opciones en la consecución de sus objetivos y aspiraciones, pues puede estructurar sus alianzas y entendimientos con uno u otro sector de la sociedad. También suele recibir los embates y adversidades que afectan a los sectores medios en períodos de crisis.

Todas estas son situaciones que se observan en el plano internacional respecto de América Latina y que tienden a corroborar la existencia del fenómeno indicado. Puede indicarse, por ejemplo, que ya América Lati-

⁹ Francisco Orrego Vicuña: *América Latina: ¿Clase Media de las Naciones?* Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. 1979.

na es un bajo receptor de ayuda oficial para el desarrollo, pues ésta se destina por los países otorgantes a aquellos sectores menos desarrollados de la comunidad internacional. Tampoco los países latinoamericanos reciben la asistencia económica de OPEP. En los organismos políticos internacionales se evidencian igualmente síntomas de un rol peculiar de América Latina, pues los países de esta región suelen ubicarse en posiciones intermedias respecto de las tesis más extremas.

Esta misma realidad es la que está llevando a América Latina a la necesidad de ejercer sus opciones en el plano internacional, pues por sí misma no tiene la fuerza suficiente para alterar las condiciones actualmente imperantes. La situación intermedia que se ha descrito tiene sus ventajas, como la interacción con dos mundos, pero también sus desventajas, como es particularmente la de un cierto aislamiento, pues cada uno de esos mundos la percibe como perteneciente al otro. Este es el cuadro que deberá comenzar a definirse en el futuro inmediato.

Ciertamente no se trata de que la opción de asociarse con un sector involucre la necesidad de enfrentar al otro, sino que es una cuestión de énfasis y de reorientar algunas perspectivas básicas. En este sentido no es cuestión de que América Latina fuera dejar de pertenecer a los organismos que lo vinculan con el Tercer Mundo, como tampoco es cuestión de que debiera perder sus tradiciones occidentales, según la opción de que se trate. Al menos en esta etapa se trata más que nada de iniciar la exploración de algunas alternativas que nunca se han examinado detenidamente. Y es aquí donde surge, precisamente, el vínculo con los problemas europeos que se venían analizando en la primera parte, pues también América Latina se encuentra en cierto modo bloqueada en su rol internacional.

5. ¿ROLES COMPLEMENTARIOS PARA UN DESBLOQUEO MUTUO?

La pregunta de fondo es si es procedente pensar hacia el futuro en una relación especial entre Europa y América Latina, que, poniendo el énfasis en la comunidad de valores occidentales, permita desarrollar aquellas formas de vinculación que hasta ahora nunca se han estimulado, y sobre esta base, iniciar la búsqueda de un rol internacional complementario que permita a ambas regiones lograr su desbloqueo internacional. El problema es de una enorme complejidad política y económica, entre otras cosas porque supone un cierto cambio de las percepciones recíprocas y porque tiene que tener en cuenta de alguna manera las posibles reacciones de la política de los Estados Unidos, pero no por ello debe dejar de mirarse con cuidado.

Desde un punto de vista europeo, la perspectiva pareciera tener un cierto atractivo, político y económico. En lo primero, quizás permitie-

ra ampliar ese marco de asociación que Europa necesita para redimensionar su rol internacional, ofreciéndole una alternativa que ciertamente no es de las tradicionales y que, además, tiene la presunta ventaja de proporcionar una vía de acercamiento con el Tercer Mundo. En este sentido, junto con ampliarse la base de acción de Europa, podría revestirse aquella tendencia al enfrentamiento que se observa en las relaciones con el Tercer Mundo.

La dimensión económica del problema pareciera ser todavía más importante, pues representa la oportunidad de acceso a enormes mercados en expansión y la posibilidad de un abastecimiento regular y estable de materias primas y otros factores esenciales para la continuidad del desarrollo del continente europeo⁶. La pugna entre las empresas multinacionales de los Estados Unidos, Europa y Japón por el mercado latinoamericano ya es un hecho visible, la que ubicada dentro del contexto de una relación especial obviamente tendería a beneficiar a los países participantes.

Desde un punto de vista latinoamericano, el atractivo político debiera radicar, en principio, en la expectativa de ampliar el marco de las opciones disponibles y así proceder a desbloquear su propia acción internacional, tanto en relación al Tercer Mundo como en relación a las propias naciones industrializadas. Quizás ello pueda acarrear un cierto roce con sectores del Tercer Mundo, que habría que tener especial cuidado en evitar para los efectos de salvaguardar la solidaridad básica, pero ello no debiera mirarse en una perspectiva diferente de la que deriva de los esfuerzos de los propios países africanos o asiáticos por alcanzar un entendimiento con Europa. En este sentido, se trata, sin duda, de opciones complementarias de un sector del Tercer Mundo y no sustitutivas de su propia solidaridad interna.

Mirado el problema desde el ángulo económico, la perspectiva de una vinculación especial con Europa pareciera adquirir un mayor significado, tanto en términos de las oportunidades de expansión comercial como en lo que se refiere a satisfacer las necesidades de capital y tecnología que experimenta el desarrollo latinoamericano. Obviamente, una vinculación de este tipo no debiera ser excluyente de las perspectivas económicas que se han ido perfilando a través de las relaciones con Estados Unidos, Japón y otros países, sino que nuevamente, debiera más bien concebirse como complementaria. Además, esta podría ser la base nece-

⁶Heraldo Muñoz: "Las relaciones económicas entre la periferia latinoamericana, Estados Unidos y Europa Occidental". En Gustavo Lagos (ed.): *Las relaciones entre América Latina, Estados Unidos y Europa Occidental*. Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. 1980.

saría para superar la sistemática discriminación que ha venido afectando las exportaciones de América Latina a los mercados europeos.

Probablemente, lo más interesante que tiene la idea de mirar a nuevas formas de cooperación entre Europa y América Latina, es que comienza a dibujarse, al menos en la imaginación, la perspectiva de una relación diagonal entre los dos continentes, que se aparta de las formas tradicionales de vinculación vertical u horizontal. Además del simbolismo geográfico, ello tiene un significado político que también es especial, pues podría representar una ecuación que lleve a despejar el entramamiento que afecta a ambos continentes, aun cuando su origen sea de diferente naturaleza.

Para los países europeos, como ya se ha dicho, el resultado podría ser el de encontrar un nuevo marco de asociación que le permita redimensionar su rol internacional. Para los países latinoamericanos, por su parte, ello representaría la posibilidad de ejercer una opción clara en cuanto a su propio rol internacional, que hasta ahora se ha mantenido en esa ambigua indefinición de una clase media internacional, que no ha tomado conciencia de sus propias aspiraciones y la mejor manera de alcanzarlas. Si la suma de intereses representados en este esquema llegara a hacerlo viable, se habría alcanzado la paradoja histórica de que el porvenir de ambos continentes se encuentra, de una manera simbólica, en el replanteamiento de las identidades del pasado.

No se trata, evidentemente, de una recreación de esquemas coloniales, sino de una reanudación del vínculo de América Latina con Occidente, que ha permanecido subyacente por varios siglos, pero en gran medida ignorado. Es ese vínculo cultural y espiritual, traducido a las realidades políticas y económicas de nuestro tiempo, el que permitiría replantear enteramente el esquema del futuro, primero en lo que se refiere a Europa y América Latina y, enseguida, en lo que concierne quizás al conjunto de Occidente.

También es necesario señalar que la viabilidad de un entendimiento de este tipo está en gran medida sujeta al cumplimiento de algunas importantes condiciones en los planos político y económico. La condición esencial radica en un cambio de las percepciones que se tienen en Europa sobre América Latina, pues se continúa mirando a los países latinoamericanos con cierto grado de distancia, que en ocasiones llega a expresiones de desconfianza y hasta de menosprecio. Nunca se han subrayado en este sentido los factores positivos que forman parte de la tradición occidental de América Latina, excepto en los discursos formales de las ceremonias oficiales. En América Latina, en cambio, la percepción de Europa es mucho más directa pues siempre se está pensando de una u

otra manera en la presencia política y económica de ese continente, aun cuando también intervienen algunas distorsiones.

6. EL FUNDAMENTO DEMOCRÁTICO DE LA COMPLEMENTARIEDAD

Lo anterior se vería grandemente facilitado si acaso los países latinoamericanos regresan con la debida prontitud al ejercicio pleno de la democracia, que es el valor que Europa mejor ha sabido cultivar, con las excepciones que son bien conocidas. Esto es particularmente necesario en el caso de los países del cono sur, que junto con haber mantenido una tradición más permanente de lo occidental han sido también los que han sabido en el pasado practicar la democracia en su forma más plena. El regreso a la democracia no es solamente un factor de la imagen internacional de los países en cuestión, sino más significativamente un elemento esencial de la dignidad política y cultural de sus pueblos y opinión pública, a la vez que un elemento fundamental para la continuidad de su progreso económico. Todo ello es igualmente influyente en la perspectiva de una relación especial con Europa, o cualquiera otra por la que se pueda optar.

De la misma manera, en el campo económico se plantean otros requisitos que también forman parte de la viabilidad de un entendimiento. Uno de ellos, que ya se mencionara anteriormente, es que cualquier tipo de relación especial debe concebirse como complementaria del marco de vinculación existente actualmente con los Estados Unidos, Japón y otros países, y nunca como sustitutiva de estos vínculos. A los países latinoamericanos siempre les interesará mantener un grado razonable de competencia y de opciones disponibles, aún cuando dentro de este marco es posible concebir formas de cooperación más estrechas. Por ejemplo, cabe pensar en la mayor conveniencia que puedan representar tecnologías europeas, mejor adaptadas a los tamaños económicos de América Latina o a otras características del desarrollo latinoamericano, así como en el fomento de acuerdos de coproducción, el incremento de las inversiones y el cultivo de formas de asociación empresarial.

La reintroducción de las políticas económicas liberales, tanto en Europa como en algunos países de América Latina, es un factor que ciertamente tiende a facilitar esa vinculación económica, basada por una parte en la libre competencia y, por la otra, en un ordenamiento económico que significa la necesaria seguridad para las inversiones y para la ejecución de proyectos de largo plazo. Sujeto a las correcciones que se hacen necesarias en algunas manifestaciones sociales y otras áreas relacionadas, se trata éste de un esquema que ha demostrado logros de importancia y que como tal debe ser preservado en sus rasgos esenciales.

Resulta curioso observar cómo dos continentes, aún cuando por razones enteramente diferentes, llegan a una coyuntura de su historia en que comparten los mismos problemas, promueven soluciones similares en algunos planos y eventualmente alcanzan percepciones complementarias, todo ello con las diferencias de magnitud que són naturales. El bloqueo político de Europa en su rol internacional quizá sólo encuentra una salida hacia el Tercer Mundo, siendo América Latina lo más probable. El bloqueo de América Latina en el Tercer Mundo y frente al mundo industrializado, quizás sólo encuentre una salida hacia Occidente, siendo la de Europa una de las más posibles. Políticas económicas coincidentes, complementariedad de vasto alcance potencial, valores religiosos similares, vínculos culturales subyacentes e identificación con la civilización occidental, son algunos factores claros de un posible entendimiento. Sin embargo, subsiste un factor de honda separación en lo político, cual es la diferencia entre una Europa democrática y una América Latina que ha dejado de serlo. Por lo mismo que éste es un factor coyuntural, su superación es quizás la mayor prioridad.